

VII. Conciencia e intuiciones morales

1. El papel de la conciencia en la vida moral

Contenemos dos conjuntos de impulsos como constituyentes originales de nuestro ser. El primero de ellos nos conduce a promover nuestro propio bienestar; el segundo, a servir a los otros. Es inevitable que en las infinitas permutaciones y tensiones de la vida estos dos tipos de motivos entren de vez en cuando en conflicto. Incluso motivos de la misma categoría nos empujan a veces en direcciones diversas, como cuando reconocemos medios mutuamente incompatibles para hacer progresar nuestros intereses, o cuando los otros nos demandan más cosas de las que tenemos tiempo y fuerza para satisfacer. Colocados en tales circunstancias, malgastaríamos nuestra vitalidad en infinitos y fútiles comienzos si no estuviéramos dotados de algún árbitro para juzgar entre estas solicitudes tan diversas y decidir cuál tiene mayor peso sobre nosotros, cómo pueden reconciliarse varias de ellas en un plan consistente de acción, y cuáles de las demandas hechas por los otros o por nuestros propios apetitos deben ser vetadas. Este mediador interno se llama la conciencia, la cual es por consentimiento general esa facultad o proceso de la mente que determina lo que debemos hacer y lo que no, la que nos dice qué está correcto y qué incorrecto.

La importancia asignada a la conciencia varía de acuerdo con la diversidad de las doctrinas éticas, pero ninguna teoría de la moral puede prescindir de ella. La conciencia tiene el rango más alto en los sistemas de autonomía moral, que hacen del individuo el árbitro final de sus

actos y que le asignan el papel de juez supremo a su conciencia. Pero incluso en las doctrinas de heteronomía moral, las cuales se vuelven hacia alguna autoridad externa, o algún legislador divino o humano para distinguir lo bueno de lo malo, la conciencia no puede ser echada a un lado como si fuera superflua. Las reglas de conducta que se derivan de esta fuerza externa son casi siempre establecidas en términos generales y se aplican a clases de actos y no a casos específicos. Para ajustarse a la regla universal, nuestro comportamiento, en un caso particular, con todas sus sutiles complicaciones y todas las contrademandas que simultáneamente podrían asaltarnos, a menudo requiere del enérgico ejercicio del juicio moral y de algún principio interno que apruebe nuestra decisión. Este principio comúnmente entra en juego incluso cuando nuestro deber en un caso particular nos sea señalado por alguna autoridad que reconocemos como suprema, como cuando un padre le asigna a un niño una tarea definida. Si obedece incuestionable y mecánicamente, sin sentir la atractiva competencia de algún otro curso de acción, como hacer travesuras con sus amigos, las consideraciones morales no surgen en él; pero si se debate entre la voz del deber y la tentación del juego, entonces se enfrenta a un dilema ético, cuya solución implica la actividad de ese determinante moral que llamamos conciencia; sin ella difícilmente podría él ser llamado un ser moral. No es una sorpresa que la conciencia sea tan a menudo considerada como una posesión única de la humanidad, implantada por la divinidad en el corazón humano.

La conciencia no es tanto la facultad de juzgar problemas morales como el sentimiento peculiar que revolotea alrededor de esos juicios. Podemos confiarnos al lenguaje cotidiano para dar validez a esta distinción: describimos nuestra conciencia como afligida o tranquila, pero nuestros juicios como bien fundados o infundados. La solución de un enigma moral es un proceso intelectual que se diferencia de cualquier otro problema práctico en los puntos que considera y en ciertos requisitos formales, y no en la forma en que opera la mente. Una mala conciencia es distinta de un mal razonamiento. La conciencia puede ser llamada el juez de nuestro juicio; aprueba o condena nuestras decisiones respecto a asuntos morales, y nuestra consecuente conducta, desde un punto de vista más alto —o más central para nosotros— que el intelecto.

Como la conciencia es sobre todo un modo de sentir, podemos conocerla sólo inmediatamente en nosotros, nunca en otros. Como todos los sentimientos, como cada tonalidad de color, es en todas sus variadas intensidades única e indescriptible; pero esto no nos impide examinar objetivamente las condiciones de su activación y su relación con otros aspectos de nuestro ser total. Hay dos modos obvios de aproximarnos a esta investigación. Por un lado, podemos investigar las nociones de correcto e incorrecto de diferentes pueblos y épocas para aprender si la conciencia siempre aprueba o desaprueba el mismo comportamiento. Tenemos ya a nuestra disposición un vasto volumen de materiales recolectados por historiadores, etnólogos y sociólogos, que prueba que las nociones de correcto e incorrecto han variado inmensamente en las distintas ramas de la humanidad, o incluso en el mismo pueblo en épocas sucesivas de su historia. Los actos más encomiables para un pueblo son los que más vehementemente condena otro. De estos hechos tan bien confirmados debemos concluir que, o bien las manifestaciones de la conciencia son diferentes en personas de culturas distintas de la nuestra, o bien que el mismo sentimiento puede adherirse a los más diversos actos. Si hacemos la no improbable suposición de que los sentimientos escrupulosos de todas las personas normales son aproximadamente los mismos, debemos buscar su

fundamento común no en lo que aprueba o desaprueba la conciencia, sino en lo que determina su aprobación o desaprobación. Si las personas de una raza consideran el robo como criminal mientras que las de otra raza lo tienen por loable, obviamente, entonces, concediendo que hay un árbitro similar de la conducta en todos ellos, debe responder en distintas maneras al mismo tipo de comportamiento. Pero es posible que si consideramos el acto de robar no aisladamente sino en relación con todo el cuerpo de costumbres y creencias de cada cultura, encontraríamos una semejanza fundamental en la relación que el acto aprobado mantiene con el patrón de cultura como un todo. Este es un punto al que deberemos regresar en el capítulo XI.

En conjunto, sin embargo, creo que estaremos en terreno más seguro si usamos el método introspectivo en nuestro análisis de la conciencia, pues sólo individualmente en nosotros mismos podemos examinar en su plenitud todos los variados tonos de sentimiento que unificamos bajo este nombre. Detectaremos también sentimientos que rayan en los de la conciencia pero que propiamente no pertenecen a ella. Cuando hayamos delineado el rango de ocurrencia de los sentimientos escrupulosos en nosotros, estaremos en una mejor posición para considerar en términos amplios su relación con otros aspectos de nuestro ser y su función en la conducta de la vida.

2. Dos condiciones de una conciencia tranquila

El primer hecho que la experiencia personal nos dice sobre la conciencia es que es, en conjunto, una fuente de dolor e inquietud en lugar de un gozo positivo. Es un aguijón para estimularnos cuando estamos flojos o descuidados y no un señuelo para tentarnos a seguir adelante. Sufrimos más o menos agudamente por sus estados alterados, sin encontrar sin embargo algún placer correspondiente cuando ha sido restablecido su equilibrio. Pero los placeres y dolores son relativos, y después de un agudo malestar, uno más leve puede parecer casi placentero. Y sin embargo en sus estados “mejores” o de

mayor satisfacción, la conciencia es más que la mera cesación de la angustia. Cuando hemos corregido las condiciones que hayan estado provocando a nuestra conciencia a preocuparnos, experimentamos, por intervalos cortos o largos, un sentimiento de satisfacción, paz y plenitud interior que no sólo es gratificante en sí mismo, sino el fundamento más firme para toda la serena y duradera felicidad que puedan brindarnos los calmados afectos o las ocupaciones constructivas.

Casi es superficial describir aquí las condiciones típicas o estándar en las cuales nos percatamos de la conciencia. Las punzadas o los tormentos de conciencia surgen cuando hemos desobedecido alguna regla de conducta prescrita por la sociedad en que vivimos o alguna que nos hayamos impuesto nosotros mismos como resultado de una reflexión madura, cuando hemos diferido o hemos evitado realizar alguna obligación reconocida, o cuando inadvertidamente hemos herido o causado un gran inconveniente a quienes nos rodean. El sentimiento efectivo puede variar desde un remordimiento leve pero persistente, como cuando somos lentos en realizar una obligación o en mantener una promesa, hasta una angustia aguda y prolongada, como cuando hemos hecho alguna fechoría cuyas consecuencias sean irreparables. Estos estados extremos de una conciencia intranquila son ampliamente disímiles, pero gracias a una semejanza fundamental y a los innumerables matices intermedios de los sentimientos que los unen, parecemos estar justificados al designarlos a todos por el mismo nombre.

Si analizamos más cuidadosamente las condiciones que deben darse para satisfacer la conciencia y evitar que nos aflija, encontramos al menos dos, que pueden coincidir o ser irreconciliables. Para disfrutar de una conciencia tranquila, creo que la mayoría de nosotros necesitamos que nuestra conducta esté en conformidad no sólo con nuestro patrón de rectitud moral sino con las normas de la sociedad que habitamos. Si nuestras nociones de correcto e incorrecto son totalmente convencionales, no surgirá ninguna discrepancia entre estas dos condiciones, y, siguiendo las reglas aprobadas por nuestros ami-

gos y vecinos preservaremos una conciencia tolerablemente serena. Pero si nuestra sensibilidad moral es inusualmente aguda, o si hemos reflexionado profundamente sobre problemas éticos, podemos desarrollar patrones de rectitud diferentes de los de nuestros contemporáneos. En tal caso, si nos sentimos obligados a seguir el uso convencional a pesar de nuestras convicciones, nos veremos afligidos en la conciencia; y si nuestra conducta se separa muy conspicuamente de la de nuestros vecinos, también podemos sentirnos incómodos.

Si somos débiles, debemos permitirnos ser gobernados por la presión externa, y quizá olvidar gradualmente que alguna vez contemplamos ideales que nos parecían más elevados que los de nuestra sociedad, hasta que finalmente nos sintamos cómodos con que nuestro comportamiento sea convencionalmente correcto. Si somos más fuertes debemos hacer lo que nos parece correcto, incluso si eso nos separa de nuestros iguales; pero quizá al principio deberíamos seguir nuestras propias reglas lo más callada y discretamente posible, luchando por ser fieles con nosotros mismos, por un lado, y en estar en conformidad con nuestros compañeros, por el otro: luchando quizá vanamente por preservar la tranquilidad interior que proviene de la armonía en todos sus aspectos. Sólo cuando nos hacemos más fuertes podemos seguir nuestra luz interior, desafiando los prejuicios de quienes nos rodean sin sentir escrúpulos concienzudos o algo muy parecido. Por lo tanto, para tener una conciencia tranquila parecen necesarias dos formas de armonía: 1, que nuestros actos sean consistentes con nuestras convicciones; y 2, que nuestra conducta esté en conformidad con los patrones socialmente reconocidos. La persona fuerte, que confía en sí misma y descubre que sus nociones de correcto e incorrecto difieren de las de la multitud puede a largo plazo estar aproximadamente satisfecha si su vida cumple la primera condición; la persona débil y vacilante, en las mismas circunstancias, estará tranquila en la segunda condición; pero para muchas personas parece necesario hacer un arreglo justo tanto sobre la parte interna como la externa para poder disfrutar de una conciencia en paz.

De aquí un fenómeno curioso que quienes sean capaces de crecimiento moral y de juicio independiente, o cuyas circunstancias hayan variado severamente con el paso de los años, deben haber notado en sí mismos. Sabemos que no es fácil desviarse de un patrón habitual de rectitud moral, incluso cuando la razón más desinteresada nos persuade de que no es aplicable en alguna contingencia especial. Creo que muchos de nosotros experimentaríamos ciertos escrúpulos concienzudos al decir una mentira para proteger a un hombre inocente de rufianes que esgrimen un poder arbitrario, o bien al ocultarle información molesta a un padre que yace entre la vida y la muerte. Similarmente, cuando a través de un cambio de criterio nos convencemos de lo correcto o de la indiferencia moral de algún acto que desde la temprana infancia nos enseñaron que era incorrecto, al principio lo realizamos con una cierta vacilación moral: una sutil repugnancia frente a la violación de nuestra regla anterior de conducta —un sentimiento mucho más débil del que sobrevendría contra un acto que tenemos por incondicionalmente incorrecto—.

Este sentimiento “cuasi-moral”, para usar el término de Sidgwick, ha sido aducido en apoyo de la tesis de que el sentimiento de rectitud es primario y no derivado de la instrucción o la reflexión. Pero el principio de asociación rápidamente da fe de nuestros sentimientos en tales casos. Si a través de largos años nos han enseñado que es malvado trabajar en sábado, durante un tiempo experimentaremos este sentimiento de maldad al trabajar en este día, incluso después de habernos convencido de que nuestra anterior instrucción estaba equivocada en este punto. Un sentimiento de aura similar revolotea sobre las supersticiones entre las que crecimos. Uno debe de hecho escolarizar sus más íntimos y espontáneos sentimientos hacia una perfecta racionalidad si quiere perder todos los rastros permanentes de las asociaciones de su infancia. Puede dejar de creer que caminar por debajo de una escalera traiga mala suerte, y sin embargo el fantasma de su creencia muerta puede retener suficiente influencia como para hacerlo dar dos pasos adicionales para rodear la escalera en lugar de cruzarla por debajo. Siempre hay un retraso entre nuestros sentimientos y nuestra nueva situación.

3. Nuestra necesidad vital de armonía en todos sus aspectos

Además de los agujones, tormentos y punzadas de la conciencia que surgen de los crímenes, pecados y otras desviaciones de patrones morales en el más estrecho sentido del término, observamos en nosotros mismos sentimientos similares que arrojan una plétora de luz sobre la naturaleza de la conciencia y su lugar en nuestra entera constitución psíquica. Al considerar nuestra vida pasada, me parece que la mayoría descubrimos ciertas vacilaciones, inconsistencias y disparates que no fueron ni pecaminosos ni vergonzosos y que quizá no incomodaron a nadie más que a nosotros mismos y que, sin embargo, permanecen como lugares sensibles de la memoria y en retrospectiva nos causan el mismo dolor, o casi el mismo, que actos que fueron moralmente reprensibles. Este sentimiento persiste incluso cuando en años posteriores llegamos a reconocer que estos desarreglos juveniles fueron las fases prácticamente inevitables de nuestro desarrollo intelectual o espiritual, y que podríamos haberlos evitado únicamente con una sumisión tal a las limitadas costumbres convencionales que casi seguramente hubiera impedido nuestro crecimiento interior. En la retrospectiva de nuestras vidas estos pasos en falso y estas inconsistencias a menudo resaltan sobre otros eventos que fueron mucho más importantes, precisamente porque no se mezclaron armónicamente con todo el panorama; tal como una leve aspereza por debajo del papel sobre el que escribimos distrae nuestra atención de la lisura de toda la superficie restante. Idealmente, nuestro desarrollo debería ser tan armónico como el de una planta creciendo en una tierra rica y protegida; y estos intervalos de confusión oprimen la memoria bajo la forma de una conciencia afligida.

De una forma algo similar, nos intranquiliza nuestra aceptación de alguna creencia u opinión que enfrente a, o parezca incompatible con, la estructura total de nuestras creencias reconocidas. Hasta que podamos ya sea reconciliar la creencia discordante con nuestros principios guías o rechazarla como falsa, nos importunará y distraerá como lo hace un deber desatendido.

Pero es en el trabajo creador de todos los tipos donde más frecuentemente experimentamos sentimientos que difícilmente pueden distinguirse de los escrúpulos de la conciencia, y este hecho está ampliamente reconocido en la expresión “un trabajador concienzudo”. A un escritor cuidadoso una oración torpe o ambigua lo molesta como una promesa incumplida. Un carpintero que se enorgullezca de su trabajo siente, cuando le queda floja una unión, una intranquilidad similar a la que asalta a un hombre honesto cuando rompe una regla de conducta moral. Un error en un cálculo o en una cuenta nos hace volver sobre él una y otra vez hasta que finalmente lo desciframos y hacemos que las cifras cierren. En general, una equivocación en nuestro trabajo, incluso cuando es improbable que otros la descubran o que cause algún daño o pérdida a alguien, nos aflige exactamente en la misma forma que una falta moral.

Estos hechos, que supongo que son familiares prácticamente para todos, parecen probar que la conciencia no es un departamento especial de la mente que se interesa únicamente por lo pertinente a lo correcto y lo incorrecto en sentido moral, sino un modo de sentimiento íntimamente asociado con todos nuestros esfuerzos. Funciona en contextos cognitivos y estéticos no menos que en situaciones morales, y de hecho en toda actividad que demande coordinación y articulación y el ajuste de las partes a un todo. De aquí podemos concluir que no tenemos un sentido moral especial así como no tenemos un sentido especialmente estético o social (usando estos términos para designar facultades particulares de la mente); sino que los términos “sentido moral” se refieren meramente a una singular función integradora de la mente cuando se aplican a relaciones morales, tal como los términos “sentido estético” se refieren a la misma actividad mental pero aplicados a situaciones del tipo que designamos como estéticas.

¿Qué es entonces la conciencia? *Es nuestra percatación directa de nuestra necesidad vital de plenitud y armonía en todo lo que nos concierne.* En cada ser viviente hay una actividad constructiva, su enarmonización, que ordena todos sus constituyentes en el más coherente y armónico

patrón que puedan formar en las condiciones dadas. Este proceso constitutivo se revela a la mente como su conciencia, cuya función es promover la integración armónica de los aspectos de nuestras vidas que están controlados por la volición y que pueden regularse mediante la elección deliberada. La conciencia [*conscience*] es la presión inmediata sobre la consciencia [*consciousness*] de la energía creadora que, silenciosa e invisible, impregna todo nuestro ser. Se manifiesta principalmente como una intranquilidad, una importunación, un dolor más o menos agudo que surge siempre que la mente percibe una desarmonía, y persiste hasta que esta desarmonía es corregida, o, en las mentes más sensibles, puede perdurar hasta mucho después de que ha sido corregida la desarmonía. Inevitablemente influye sobre todo lo que hacemos, pues la armonía y la plenitud nos son necesarias no sólo en nuestras relaciones morales con nuestro prójimo, sino en todos los demás departamentos de nuestras vidas.

Difícilmente podríamos evitar postular la presencia de la conciencia, o de algo muy similar, en los animales cuyas actividades siguen patrones innatos o que son, como decimos, instintivas. Podemos, si insistimos, llamarla una “protoconciencia” o una “conciencia instintiva” para distinguirla de la nuestra, que imaginamos que es más agudamente sensible. Pero cualquiera que sea su aspecto subjetivo, el cual está más allá del alcance de nuestra curiosidad, su función en estos animales es la misma que en nosotros: coordinar y combinar en un patrón coherente todas aquellas actividades influidas por la consciencia, y prevenir desviaciones del patrón imperante.

4. Por qué la percatación de faltas morales produce angustias más agudas que otros tipos de discordia

En oposición a la tesis presentada en la última sección, se puede estar empeñado en que los tormentos de conciencia que experimentamos cuando hemos pecado, cometido un crimen, o de cualquier otra manera transgredido una regla moral de conducta, difieren en intensidad e incluso en tipo de la intranquilidad que sentimos cuando

hemos descubierto una equivocación en nuestro trabajo o una torpeza en nuestro discurso. Pero sostengo que el sentimiento primario o fundamental es el mismo, y que su fuente interna es la misma, en todos aquellos casos que aflijan a un trabajador o ejecutante “concienzudo”, como en las faltas morales. La angustia más fuerte y prolongada que a menudo sentimos cuando nos percatamos de un desliz moral no reside en el sentimiento primario mismo, sino que proviene de una variedad de sentimientos secundarios, agitados por una multitud de circunstancias concomitantes que se apiñan a su alrededor y se funden con él. En primer lugar, a menudo podemos corregir las equivocaciones en nuestro trabajo; y mientras nuestra mente está ocupada en planear o llevar a cabo la mejora, se desvía de las punzadas de conciencia. Frecuentemente podemos remediar tales equivocaciones antes de que sean advertidas por otros; o, si llegan a la atención de otros, les causarán muy poco daño; y, en cualquier caso, es más probable que sean perdonadas estas equivocaciones que las faltas morales. Sin embargo, nuestra intranquilidad interna puede persistir hasta que hayamos corregido la equivocación en nuestro trabajo o, si no es grave, hasta que haya sido desplazada de nuestra mente por asuntos de mayor importancia.

Es menos probable que otras personas pasen por alto los deslices morales que las equivocaciones en el trabajo, porque se supone que todos conocen las reglas básicas de conducta de su sociedad, mientras que las técnicas de algún oficio las aprenden únicamente los relativamente pocos que se dedican a él; de aquí que prácticamente todos los que dirijan su atención sobre nuestra conducta incorrecta la reconocerán como tal, mientras que probablemente sólo los miembros de la misma profesión se percatarán de la metedura de pata profesional. La conducta incorrecta usualmente afecta adversamente a otras personas, y puede traerles graves inconveniencias, daños o sufrimientos —usualmente es justamente por esta razón que se considera incorrecta—. Al percatarse de su falta y del agravio que ha provocado, la persona sensible puede verse asaltada por agudos dolores simpáticos. Agréguese a esto la vergüenza de ser conocido como

injusto o malvado, la censura y los desaires a los que se está expuesto, el rechazo de sus antiguos compañeros, el temor a ser castigado si la mala conducta fue legalmente un crimen, el remordimiento y la autocondena, y rápidamente podemos comprender cómo la persona que rompe una regla moral sufre punzadas internas a tal grado mucho más intensas que las que asaltan al artista o artesano torpe, que muchas veces parecen surgir de una fuente distinta. Más que las torpezas de otros tipos, los deslices morales socavan los fundamentos de nuestra vida; y los autoreproches que incitan en nosotros cuando son reconocidos son correspondientemente agudos.

Pero el hecho singular de ser puesto en vergüenza ante el prójimo es suficiente para dar fe del gran contenido de diferencias, en cuanto sentimiento, en ambos casos. El niño de escuela que tartamudea o comete una equivocación en un recital público puede sufrir una agonía de turbación y confusión difícilmente inferior en intensidad, aunque más corta en duración, que el remordimiento que viene después de cometer un crimen; e incluso un orador tan experimentado como Cicerón confesó en su madurez que nunca se levantó para dirigirse a un auditorio sin ponerse pálido y sin temblar con todos los miembros de su cuerpo. Creo que con justicia podemos concluir que el sentimiento primario de una conciencia perturbada es fundamentalmente el mismo, ya sea que surja de una falta moral públicamente reconocida, de una desviación de nuestro estándar habitual de conducta conocido sólo por nosotros, un defecto en nuestro trabajo, o de cualquier otra desarmonía de la cual nos sepamos responsables. La intensidad del sentimiento dependerá ampliamente de la magnitud de la perturbación. El carácter peculiar de las concienzudas punzadas que pueden seguir a la perpetración de un crimen o de un grave desliz moral proviene de otros sentimientos, tales como la vergüenza, el miedo, el remordimiento, y a veces el sufrimiento simpático, que, agitado por el mismo evento que los tormentos concienzudos, se combina con ellos formando un sentimiento voluminoso cuyos componentes son difíciles de analizar.

Nietzsche, que tuvo algunas intuiciones verdaderas sobre asuntos morales, pero que

causó una gran confusión por haberlos publicado antes de haber pensado plenamente sus conclusiones lógicas, pensó que la conciencia es simplemente la obra de los crueles y depredadores instintos humanos, los cuales, cuando se frustra su expresión a través de la acción externa, se vuelven hacia adentro y encuentran satisfacción torturando salvajemente la propia mente en la que surgieron¹. Freud tuvo algunas opiniones similares, y vio en la conciencia la vuelta contra uno mismo del “instinto de muerte”, el cual en un momento incitó el asesinato del padre patriarcal. Una pizca de verdad puede estar latente en estas opiniones si las aplicamos a ciertos estados de conciencia exagerados o morbosos. Pero un instinto o un modo innato de sentimiento debe existir antes de que pueda hipertrofiarse o fallecer, y no es probable que haya surgido y se haya diseminado en una especie a no ser que tuviera una función vital y necesaria que cumplir. Esta función normal de la conciencia es la restitución de la armonía en las situaciones que hayan sido infectadas por la discordia. En las mentes saludables incita un esfuerzo activo por corregir las relaciones distorsionadas, rectificar los defectos en nuestro trabajo, excogitar las inconsistencias en nuestras opiniones, allanar las relaciones tirantes con nuestros compañeros, y corregir lo que hayamos hecho de manera incorrecta. Mientras estamos involucrados en estos esfuerzos de restauración, la conciencia puede ser un aguijón pero difícilmente es un monstruo torturador. Pero en los casos en que la reconstrucción parece intrínsecamente imposible, como cuando el daño que hemos cometido es irreparable o nuestra ignominia es muy notoria como para ser sobrevivida, entonces de hecho la conciencia, frustrada en sus usuales funciones saludables, puede volverse contra uno mismo y convertirse en una perseguidora despiadada.

5. La preferencia innata de armonía como el fundamento intuitivo de la moral

El análisis de Locke de la mente humana, no menos que un gran volumen de información

recolectada en todas las partes de la Tierra por viajeros y etnólogos, muestra con certeza que los humanos no poseen intuiciones morales, en la forma de disposiciones innatas, que les permitan realizar ciertos actos —por ser correctos— y evitar otros —por ser incorrectos—. No poseemos máximas morales inscritas en nuestras mentes o corazones al nacer. Sin embargo, de las numerosas escuelas de teóricos éticos, los intuicionistas revelan la más profunda comprensión de los fundamentos de la moralidad en la naturaleza humana, aunque parecen haber fracasado frecuentemente al analizar sus intuiciones. Todo lo que somos y hacemos y pensamos debe tener su fundamento último en nuestra constitución innata, la cual es el dato primario en todos nuestros intentos por comprendernos, y más allá de la cual no puede seguir el análisis directo, a pesar de que el estudio de la evolución pueda sugerir explicaciones de lo que hallamos dentro de nosotros.

Así como todo lo que es vertido en nuestras mentes a través de los sentidos toma una forma determinada por nuestra completa naturaleza psicofísica, así cualquier cosa que hacemos es en última instancia rastreable hasta nuestros motivos innatos, de los cuales no podemos dar razón excepto por el hecho de que estamos hechos de esa manera. Todas las exhortaciones morales deben tocar alguna de estas fuentes innatas de acción para poder ser eficaces; y todas las reglas morales deben estar fundadas sobre nuestras intuiciones primitivas, pues de lo contrario no está asegurada su obediencia. Esta verdad no fue nunca tan claramente reconocida como por algunos de los más grandes intuicionistas del siglo XIX, como Lecky y Martineau, quienes, admitiendo libremente que los hombres no poseen reglas o máximas innatas de conducta, insistieron sin embargo en que estamos constituidos de forma tal que, así como a través de nuestras interacciones cotidianas con el mundo nos percatamos de los apuros y problemas morales, así somos obligados por nuestra propia naturaleza a reconocer ciertos modos de comportamiento como más nobles, más dignos de nosotros, o más virtuosos que otros modos conflictivos de comportamiento, y a dar una aprobación tácita a estos

modos más elevados incluso cuando la pasión o la debilidad interfieran con nuestro cumplimiento de ellos.

Al considerar la conciencia nos hemos aproximado bastante a las fuentes de nuestra naturaleza moral. En términos más simples, la conciencia es meramente esa sensación de tensión o intranquilidad causada dentro de nosotros por cualquier desarmonía en nuestra conducta o pensamiento que explícitamente reconozcamos o que vagamente sentimos. A su vez, esto puede rastrearse a esa lucha por crear y preservar una unidad coherente entre todos los constituyentes de un organismo, la cual es el hecho primario de la vida, y la que la hace posible. En los organismos sanos la perturbación más leve del equilibrio armónico de sus partes más pequeñas conduce a esfuerzos vigorosos —incluso aunque no sean sentidos o visibles— por restaurar el equilibrio. Las perturbaciones más violentas o pronunciadas provocan un dolor que, al menos en los animales superiores, incita movimientos enérgicos para alcanzar un ajuste más armónico. Cuando la desarmonía no está en el cuerpo mismo sino en actitudes y actividades conscientemente controladas que adaptan al animal a sus alrededores, especialmente a compañeros sociales cuya cooperación es muy necesaria para su bienestar, se siente una correspondiente incomodidad, una sutil intranquilidad en la mente que espolea al animal para que haga esfuerzos por eliminar la causa de discordia, tal como un dolor físico conduce al intento de mitigarlo. En una mente cada vez más sensible una angustia semejante es causada por cualquier desarmonía percibida, ya sea en el trabajo, en la conducta, o incluso en los pensamientos más íntimos. Pero el dolor o la angustia provocados por todas estas perturbaciones del equilibrio dentro del cuerpo surge, en sus relaciones externas o en la mente, a partir de la necesidad primaria de todo ser viviente de preservar la armonía en todo lo que le concierne.

Nuestra intuición moral básica, si podemos llamarla así, es que la armonía es preferible a la discordia; y esto está enraizado en esa organización de nuestros cuerpos y mentes que nos hace experimentar dolor o intranquilidad cuando el equilibrio se ve perturbado, y tranquilidad y paz

mental cuando ha sido restaurado. En esto todos los humanos, y de hecho todos los seres sintientes, parecen ser esencialmente iguales; de tal forma que podemos considerarla como un rasgo universal de la naturaleza animal. Una vez que hemos reconocido este hecho podemos examinar todas las desconcertantes variedades de cultura humana, todas las fluctuantes nociones de correcto e incorrecto, sin refutar la única gran verdad sobre la que descansa la Ética Intuitiva.

Todas las prácticas crueles y repugnantes de las tribus más rudas, y de muchos pueblos más avanzados en civilización, han brotado del esfuerzo de preservar la vida en un ambiente peligroso, con una mente perpleja ante los primeros pasos dados a tientas por una inteligencia libre, y en medio de pueblos hostiles cuyo pensamiento estaba similarmente confundido. Tómese, sin embargo, al salvaje más rudo que hasta hace pocas generaciones podía encontrarse en las islas del Pacífico, en el interior de África, en Australia, o en las zonas más remotas del vasto bosque amazónico, un salvaje que adorna su cabaña con las horripilantes cabezas de sus enemigos asesinados, que come su carne, que mata a sus ancianos padres, posiblemente enterrándolos vivos, y que se deshace de su esposa una vez que se ha cansado de ella. ¿Tiene o no este hombre rodeado de tinieblas un sentido de lo correcto y de lo incorrecto? Si no lo tuviera, entonces, dados unos deseos ingobernables junto con la inquieta imaginación de incluso las razas menos avanzadas de la humanidad, su vida y su conducta no seguirían un patrón definido y predecible; pues los modos no convencionales de comportamiento ciertamente deben, de tiempo en tiempo, ocurrírsele, y sin una influencia restrictiva él lo seguiría. Pero la característica más sorprendente de la sociedad salvaje es su conservadurismo, la persistencia de las mismas costumbres de generación en generación; y esto implica que sus miembros, en conjunto, y a pesar de las aberraciones más o menos frecuentes, actúan en conformidad con los hábitos ancestrales. Por lo tanto, parece que ciertos modos de conducta son tenidos por correctos por estos salvajes, y otros por incorrectos.

¿Qué induce al salvaje a actuar en conformidad con estos —en nuestra opinión— atroces

códigos de comportamiento, si no el deseo de evitar los sentimientos de intranquilidad que lo asaltan cuando su conducta se opone a los hábitos de sus compañeros de tribu, o cuando viola los usos que desde la niñez ha sido enseñado a respetar como las costumbres inmemoriales de su pueblo? Con seguridad, esta misma conformidad con los hábitos tribales lleva al salvaje a un continuo conflicto con grupos vecinos. En la interpretación del comportamiento es necesario tener siempre en mente que no todas las desarmonías nos angustian, sino sólo aquellas de las que nos percatamos, y sobre todo aquellas de las que parecemos responsables. Así como los errores en la dicción no llegan a perturbar a quien no ha escuchado nada respecto a las unidades de la gramática, también las incoherencias en nuestras vidas pueden perturbarnos muy levemente hasta que nuestra atención no se haya posado en ellas, ya sea gracias a otras personas o por las dolorosas consecuencias que puedan producirnos.

La discordia con otros miembros del clan en que uno vive, con una intimidad que podemos encontrar apenas tolerable, es sentida agudamente por el salvaje, así como el imaginado displacer de los guardianes sobrenaturales de los mores tribales. El conflicto con tribus vecinas no se siente con tanta fuerza, y quizá nunca se le ocurrió a la mente primitiva que las relaciones más armónicas con ellas estaban dentro del ámbito de la posibilidad; pues el estado de enemistad con pueblos circunvecinos ha persistido sin interrupción desde que la memoria tribal puede recordar. Pero algún día, con inteligencia y previsión crecientes, el hombre de tribu descubrirá que su constante fricción con grupos vecinos es tediosa, y fuente de mucha aprensión y gran pérdida material. Una vez que se ha sentido la desarmonía y que se ha concebido un estado más pacífico, se tomarán medidas para remediar la situación; y las tribus se amalgamarán formando uniones pacíficas, tal como pasó con las Cinco Naciones de los Iroqueses. Poco a poco, tan sólo pensar en luchas sanguinarias se hace intolerable para personas de alta sensibilidad moral, para quienes el establecimiento de una paz universal llega a ser el principal desiderátum de la civilización.

Las desarmonías que primero afectan a los animales son internas al cuerpo y conducen a esfuerzos, primero inconscientes y luego conscientes, por corregirlas. Seguidamente, el animal se percata de la falta de armonía con su ambiente inmediato, tanto viviente como inerte, y lucha por mejorar sus relaciones con él. Finalmente, el animal, convertido en humano reflexivo, se da cuenta de su discordia con seres muy lejanos de sí mismo que afectan su vida menos íntimamente, e incluso de desarmonías entre los contenidos de su mente, y similarmente lucha por remediar la situación. No son las desarmonías que *nosotros* percibimos en la vida de alguna otra criatura, sino aquellas de las que esta misma criatura se percata, las que la conducen a realizar acciones reparadoras; y esta percatación depende de su sensibilidad nerviosa y de la fineza de sus percepciones. Pero los resultados son similares a cualquier nivel que se sienta la desarmonía: excita en el ser sintiente un dolor o una intranquilidad que persiste hasta que la discordia se supera; y esta tensión interna se la atribuimos a la conciencia cuando es causada por situaciones que pueden ser alteradas por nuestras voliciones.

Si alguien duda que una preferencia constitucional por la armonía es el fundamento de la moralidad, dejémoslo reflexionar sobre las consecuencias de ese anhelo por la rivalidad que nos sobrecoge siempre que ciertas pasiones, impuestas en la vida animal por la lucha por la existencia, como el odio, la ira, la malicia y la envidia, ganan temporalmente el control de nuestras mentes. Entonces dejémoslo imaginar cuál sería el efecto si estas pasiones desgarradoras, en lugar de ser desarrollos secundarios, fueran una expresión de nuestra verdadera y primaria naturaleza, de forma tal que tuviéramos un apetito permanente hacia la discordia de todo tipo, sintiéndonos más satisfechos estando divididos entre motivos conflictivos que cuando están en calma nuestros ánimos, más cuando nuestros pensamientos están desordenados que cuando nuestra mente está clara, más cuando odiamos y reñimos con nuestros vecinos que cuando cohabitamos amistosamente con ellos, más cuando estamos en guerra que cuando estamos en paz. Si esa preferencia por la rivalidad que a veces surge en

nosotros, como un estado transitorio e incluso podríamos decir patológico, llegara a ser constitucional y permanente, sin duda cultivaríamos la discordia no sólo hasta que se esfumara todo orden moral, sino hasta que nosotros mismos nos hubiéramos disuelto, convirtiéndonos en los elementos de los que estamos compuestos.

6. La consecuente preferencia por una más amplia y perfecta armonía

La misma organización de la mente que nos impele a preferir la armonía sobre la discordia también nos lleva a preferir la armonía más amplia, más inclusiva y permanente, sobre la armonía estrecha, imperfecta y transitoria. Pues difícilmente podemos concebir la extensión de un sistema de relaciones armónicas más allá de sus límites actuales sin percatarnos primero de las desarmonías que lo rodean; y cuando nuestras mentes se han acostumbrado a la visión más amplia, las desarmonías más distantes nos afectan esencialmente de la misma manera, acaso más levemente, que aquellas que nos tocan más íntimamente. Por lo tanto, la conciencia no es solamente un instrumento para la estabilidad moral, sino también para el crecimiento moral; no sólo opera para preservar la integridad de un código ancestral de moral, sino también para crear una visión más amplia para nuestros descendientes. En esta labor de amplificación, la conciencia se ve obstaculizada por esas pasiones desgarradoras que inevitablemente surgieron de la lucha por sobrevivir en un mundo competitivo, pero principalmente por el impregnado conservadurismo de los humanos, el cual nos dificulta concebir una armonía más amplia y hace que sea aún más difícil tomar disposiciones activas que puedan llevar a su realización.

No necesitamos asumir que la intuición moral primaria está presente en la mente humana en forma de una proposición verbalmente formulada, por ejemplo "la armonía es preferible a la discordia". Tan lejos está esto de ser así, que no conozco ningún filósofo que haya establecido esta importante verdad. Todo lo que era necesario demostrar es que esta preferencia innata es el fun-

damento de nuestras decisiones morales; que nuestros juicios, cuando escapan del dominio de la codicia, la pasión y el fanatismo, se hacen como si estuviéramos guiados por una máxima de este tipo. Y si examinamos cuidadosamente esas preferencias perdurables que son el fundamento de la moralidad, vemos que van acordes con este principio. En nuestros hogares y en la disposición de nuestras posesiones preferimos el orden que el desorden. En nuestros alrededores preferimos la belleza, que es la armónica mezcla de líneas, masas y colores. En las relaciones con nuestros socios preferimos la amistad que la enemistad. En nuestras mentes preferimos la verdad, cuya garantía es la coherencia entre hechos e interpretaciones. En nuestros cuerpos preferimos la salud, que es la armónica cooperación de todas las partes y funciones del organismo. Preferimos la felicidad, cuyo fundamento es la armonía en todos los aspectos de nuestra existencia, sobre el pesar o la angustia espiritual que nos sobrecoge cuando nuestras vidas están infectadas por la discordia. Finalmente, preferimos la vida, que descansa sobre muchos ajustes armónicos dentro de nosotros y con el ambiente que nos sostiene, sobre la muerte, que sobreviene cuando se destruyen estas armonías. En la medida en que estas preferencias intuitivas sean débiles, nuestra moralidad se hará difícil y estrecha. Si todas estuvieran ausentes o invertidas no podríamos ser seres morales.

Reconocer que el esfuerzo moral es primordialmente una lucha por alcanzar una armonía más perfecta, inclusiva y duradera, nos ayuda a entender por qué la conciencia es tan difícil de satisfacer, y por qué esta dificultad crece al crecer nosotros en inteligencia y sensibilidad. Nuestros actos, al rastrearlos a partir de su fuente, afectan a un número de seres siempre creciente, hasta que perdemos la pista de sus consecuencias en el imbricado laberinto del mundo viviente. Para poder alcanzar, en el tiempo que tenemos disponible, un juicio moral que pueda servir de guía a la acción, debemos en muchos casos reducir arbitrariamente nuestro marco de referencia, excluyendo de nuestra consideración a los seres que tienen menos pretensiones sobre nosotros, o a aquellos que serán menos directamente afectados por lo que hacemos. Con lo

mejor de nuestras habilidades, con calma y justicia, elegimos el curso de acción que promete el mayor bien dentro de este campo artificialmente delimitado; y esto es todo lo que puede exigirnos la moralidad práctica. Sin embargo, a no ser que seamos estúpidos o insensibles, sabemos que más allá de estos límites hay seres que serán adversamente afectados, que quizá sufran severamente, como consecuencia de nuestra decisión. La conciencia, que es la voz de la demanda de nuestro ser más íntimo por una armonía perfecta y comprehensiva, se angustia por estas discordias, por remotas que estén de nosotros, que no podemos evitar. Los sofismas y evasiones me-

dianse las cuales algunas veces luchamos por suavizarlas son, como se dice a menudo, el consejo del demonio, pues extinguen esa insatisfacción divina respecto a nuestras limitaciones que al mismo tiempo es la tragedia y la gloria de nuestro estado humano, el estímulo de todo crecimiento moral y espiritual.

Notas

1 Friedrich Nietzsche. "The Genealogy of Morals". En *The Philosophy of Nietzsche*. New York: The Modern Library, 1927, especialmente p. 702.